

PIO BAROJA

ZALACAIN
EL
AVENTURERO

603

P. BARROJA

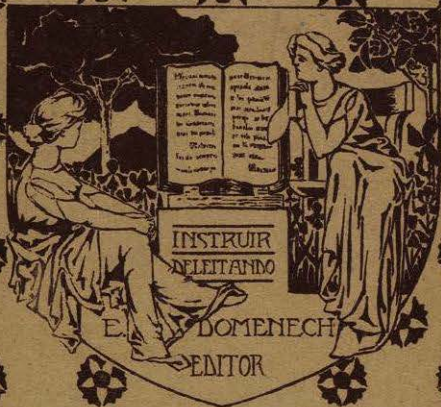


PQ6603
.A7
Z3

DOMESTIC



1020133749





CARLOS PEREZ MALDONADO

ZALACAÍN EL AVENTURERO

CARLOS PEREZ MALDONADO
MONTERREY, MEXICO.

PÍO BAROJA



Zalacaín el Aventurero

(Historia de las buenas andanzas y fortunas
de Martín Zalacaín el Aventurero)



CARLOS PÉREZ MALDONADO

MÉXICO
J. BALLESCÁ y C.^a SRES.
1909

BARCELONA
E. DOMENECH, EDITOR
1909

F06603

164206

.A7

23

ES PROPIEDAD



FONDO
PÉREZ MALDONADO



PRÓLOGO

CÓMO ERA LA VILLA DE URBIA EN EL
ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XIX

UNA muralla de piedra, ne-
gruzca y alta rodea á Ur-
bia. Esta muralla sigue á
lo largo del camino real,
limita el pueblo por el norte
y al llegar al río se tuerce, tropieza con
la iglesia, á la que coge dejando parte
del ábside fuera de su recinto y después
escala una altura y envuelve la ciudad
por el sur.

Hay todavía, en los fosos, terrenos en-
charcados con hierbajos y espadañas,
poternas llenas de hierros, garitas
desmochadas, escalerillas musgosas y
alrededor, en los glacis, altas y román-
ticas arboledas, malezas y boscajes y
verdes praderas salpicadas de floreci-

llas. Cerca, en la aguda colina á cuyo pie se asienta el pueblo, un castillo sombrío, se oculta á medias entre gigantes-cos olmos.

Desde el camino real, Urbia aparece como una agrupación de casas decrepitas, leprosas, inclinadas, con balcones corridos de madera y miradores que asoman por encima de la negra pared de piedra que las circunda.

Tiene Urbia una barriada vieja y otra nueva. La barriada vieja, la *calle* como se le llama por antonomasia en vasconce, está formada principalmente por dos callejuelas estrechas, sinuosas y en cuesta que se unen en la plaza.

El pueblo viejo, desde la carretera, traza una línea quebrada de tejados torcidos y mugrientos, que va descendiendo desde el Castillo hasta el río. Las casas encaramadas en la cintura de piedra de la ciudad, parece á primera vista que se encuentran en una posición estrecha é incómoda, pero no es así, sino todo lo contrario, porque entre el pie de las casas y los muros fortificados existe un gran espacio ocupado por una serie de magníficas huertas. Tales huertas, protegidas de los vientos fríos, son excelentes. En ellas se pueden cultivar plantas de zona cálida como naranjos y limoneros.

La muralla, por la parte interior que

dá á las huertas, tiene un camino formado por grandes losas, especie de acera de un metro de ancho con su bandado de hierro.

En los intersticios de estas losas viejas y desgastadas por las lluvias crecen la venenosa cicuta y el beleño; junto á las paredes brillan, en la primavera, las flores amarillentas del diente de león y del verbasco, los gladiolos de hermoso color carmesí y las digitales purpúreas. Otros muchos hierbajos mezclados con ortigas y con amapolas, se extienden por la muralla y adornan con su verdura y con sus constelaciones de flores pequeñas y simples las almenas, las aspilleras y los matacanes.

Durante el invierno, en las horas de sol, algunos viejos de la vecindad con traje de casa y zapatillas pasean por la cornisa, y al llegar marzo ó abril contemplan los progresos de los hermosos perales y melocotoneros de las huertas.

Observan también, disimuladamente por las aspilleras, si viene algún coche ó carro al pueblo, si hay novedades en las casas de la barriada nueva, no sin cierta hostilidad porque todos los habitantes del interior sienten una obscura y mal explicada antipatía por sus convecinos de extra-muros.

La cintura de piedra del pueblo viejo se abre en unos sitios por puertas ogiva-

les; en otros se rompe irregularmente dejando un boquete que por días se ve agrandarse.

En algunas de las puertas, debajo de la ogiva primitiva se hizo posteriormente, no se sabe con que objeto, un arco de medio punto.

En las piedras de las jambas quedan empotrados hierros que sirvieron para las poternas. Los puentes levadizos están substituídos por montones de tierra que rellenan el foso hasta la necesaria altura.

Urbia ofrece aspectos varios según el sitio de donde se le contemple; desde lejos y viniendo de la carretera, sobre todo al anochecer, tiene la apariencia de un castillo feudal; la ciudadela sombría, envuelta entre grandes árboles, prolongada después por el pueblo con sus muros fortificados que chorrean agua, presenta un aspecto grave y guerrero; en cambio desde el puente y un día de sol, Urbia no da ninguna impresión fosca, por el contrario, parece una diminuta Florencia, asentada en las orillas de un riachuelo claro, pedregoso, murmurador y de rápida corriente.

Las dos filas de casas bañadas por el río, son casas viejas con galerías y miradores negruzcos, en los cuales cuelgan ropas puestas á secar, ristras de ajos y de pimientos. Estas galerías tie-

nen en un extremo una polea y un cubo para subir el agua. Al finalizar las casas, siguiendo las orillas del río, hay algunos huertos, por cuyas tapias verdosas surgen cipreses altos, delgados y espirituales, lo que dá á este rincón un mayor aspecto florentino.

Urbia intra-muros se acaba pronto, fuera de las dos calles largas solo tiene callejones húmedos y estrechos y la plaza. Esta es una encrucijada lóbrega, constituída por una pared de la iglesia con varias rejas tapiadas, por la Casa del Ayuntamiento con sus balcones volados y su gran portón coronado por el escudo de la villa, y por un caserón enorme en cuyo bajo se halla instalado el almacén de Azpillaga.

El almacén de Azpillaga, donde se encuentra de todo, debe dar á los aldeanos la impresión de una caja Pandora, de un mundo inexplorado y lleno de maravillas. A la puerta de casa de Azpillaga, colgando de las negras paredes, suelen verse chisteras para jugar á la pelota, albardas, jáquimas, monturas de estilo andaluz; y en las ventanas que hacen de escaparate, frascos con caramelos de color, aparejos complicados de pesca, con su corcho rojo y sus cañas, redes sujetas á un mango, marcos de hojadelata, santos de yeso y de latón y estampas viejas sucias por las moscas.

En el interior hay ropas, mantas, lanas, jamón, botellas de Chartreuse falsificado, loza fina... El Museo Británico no es nada, en variedad, al lado de este almacén.

A la puerta suele pasearse Azpilaga, grueso, majestuoso, con su aire clerical, unas mangas azules y su boina. Las dos calles principales de Urbia son estrechas, tortuosas y en cuesta. La mayoría de los vecinos de esas dos calles son labradores, alpargateros y carpinteros de carros. Los labradores, por la mañana, salen al campo con sus yuntas. Al despertar el pueblo, al amanecer, se oyen los mugidos de los bueyes; luego, los alpargateros, sacan su banco á la acera y los carpinteros trabajan en medio de la calle en compañía de los chiquillos, de las gallinas y de los perros.

Algunas de las casas de las dos calles principales muestran su escudo, otras sentencias escritas en latín y la generalidad un número, la fecha en que se hicieron y el nombre del matrimonio que las mandó construir...

Hoy, el pueblo, lo forma casi exclusivamente la parte nueva, limpia, coquetona, un poco presuntuosa. El verano cruzan la carretera un sin fin de automóviles y casi todos se paran un momento en la casa de Ohando, convertida

en Gran Hotel de Urbia. Algunas señoritas apasionadas por lo pintoresco, mientras el grueso papá escribe postales en el hotel, suben las escaleras del portal de la Antigua, recorren las dos calles principales de la ciudad y sacan fotografías de los rincones que les parecen románticos y de los grupos de alpargateros que se dejan retratar sonriendo burlonamente.

Hace cuarenta años la vida en Urbia era pacífica y sencilla; los domingos había el acontecimiento de la misa mayor y por la tarde el acontecimiento de las vísperas. Después en un prado anejo á la Ciudadela y del cual se había apoderado la villa, iba el tamborilero y la gente moza bailaba alegremente, al són del pito y del tamboril, hasta que el toque del Angelus terminaba con la zambra y los campesinos volvían á sus casas después de hacer una estación en la taberna.

